

CAPÍTULO X.

ALGUNAS REFLEXIONES MORALES.

«Es muy notable que considerando necesariamente la organización como un automatismo sin alma, todos los materialistas no pueden admitir la libertad sin la voluntad; la ven domada, encadenada, tiranizada por el cuerpo, el temperamento y las enfermedades, de suerte que somos esclavos viles de nuestros órganos sexuales, digestivos, sensitivos, verdaderas máquinas sin autocracia, ni libre albedrío. Esta teoría completa de la servitud física y moral es tan complaciente, que todos los despotismos favorecen efectivamente la sensualidad para enervar las almas, al paso que el Espiritualismo recomienda la pureza moral, como conservadora del vigor y de la libertad.

«Estableciendo de esta manera la dominación del físico, miran los materialistas como una ilusión romancesca la verdadera libertad de espíritu que resiste á los dolores y á los golpes del infortunio. Solo los espiritualistas admiten la supremacía del intelecto sobre los miembros, ó una verdadera independencia tan bien fundada por los estoicos, los platónicos de la antigüedad, á únicos hombres libres y en pié, como Catón, en la servitud universal.

«La adopción del Materialismo presenta á los pueblos manifestamente un síntoma triste de desorganización social, de degradación intelectual y moral, ó de envilecimiento de los caracteres. Armado el Materialismo con la varita mágica de Circe, transforma á los hombres en animales sometidos á sus sensualidades. (*Epicuri de grege porcos*). Para ellos, á la verdad, el cuerpo siéndolo todo, lo esencial es procurarse los goces físicos, sea por *fas* sea por *nefas*, especialmente el que es rico y poderoso: es, pues, muy fácil ver el prodromo inevitable de toda clase de

«despotismo y de bajeza, y como el germen de putrefacción de las sociedades políticas. Preguntad, por prueba de esto, á la clase mas hedionda y la mas innoble, interrogad á los malvados y á los facinerosos mismos de los presidios y de los calabozos, á cuál prefieren de las dos doctrinas, y veréis qué amigos sostienen á los Materialistas ¹.»

Si no somos mas que agregados de moléculas, el bien y el mal moral, la libertad y la sociedad desaparecen enteramente; si todo el hombre resulta de los resortes físicos de los órganos, no es sino un puro autómatas tan incapaz de elección y de acción como un reloj ú otra máquina cualquiera puramente mecánica. No podría serle impuesta ninguna ley divina ni humana, lo mismo que al bruto. Y hé aquí entonces inocente al crimen, y la virtud sin mérito, anonadadas la moralidad humana y toda responsabilidad de nuestras acciones. Las propiedades mas legítimas de la fortuna, de la vida, del honor, no serán mas que una posesión precaria y siempre disputada. La tierra entera ofrecerá el espectáculo de un bosque poblado de animales con rostro humano, mas temibles los unos á los otros que las bestias mas feroces. Y, sin embargo, oírmos á los autores materialistas que hablan con énfasis de la virtud y de los sagrados derechos del hombre y de la sociedad, y que declaman contra el vicio y los desórdenes de la humanidad. Pero ¿cómo osan decir tan gravemente estas inepticias inconcebibles? ¿Cómo nombrar seriamente el vicio y la virtud, pues que se trata de una masa organizada, la cual ciertamente no es mas capaz de bien y de mal moral en el *todo* llamado hombre, que en el *todo* llamado árbol ó caballo? Se ve que estas frases no están en sus bocas sino en locuciones obligadas, y que temen, suprimiéndolas, revolver demasiado el mundo contra ellos. Sea lo que fuere, es evidente para el que entiende la fuerza y el valor de las palabras, que nada puede imputarse á mérito ni á demérito en individuos sometidos al imperio del organismo. Un hombre-máquina que mate á su semejante, obedeciendo inclinaciones irresistibles, no es mas culpable de su acción, que una encina que desarraiga á otra al caer encima de esta; finalmente, en todo proceso no habria ya mas justicia para tratar con

¹ *Revista médica*, 1829, tomo I, pág. 439, art. de J. J. Virey.

rigor al malhechor y al homicida, que para castigar á un loco por su demencia, ó por su instinto á un tigre.

Si los fisiólogos materialistas de nuestra época retroceden ante estas consecuencias, que abjuren el principio de donde dimanen evidentemente; que no manchen mas sus obras, por otro lado recomendables, con estas doctrinas no menos absurdas que odiosas; que cesen de ultrajar la nobleza de nuestra especie, arrastrándola en el fango y en el lodo: esto es abusar demasiado de sí mismos, y engañar á sus semejantes; el error no tiene mas que un tiempo, el placer del orgullo pasa, y pasa pronto; pero la verdad subsiste eternamente. ¡Desgraciado, sí, desgraciado el que la habrá desconocido y ultrajado con obstinacion hasta el fin!

Aun cuando un código no pueda improvisarse, sería fácil horrorear el del Materialismo. Para un materialista el bien consiste en el goce de los placeres de los sentidos, y el mal está en la privacion de estos goces. Para él la virtud está en conservar su organismo á fin de poder gozar mas tiempo; el vicio en destruir el organismo y en incapacitarle de gozar. Así, para un partidario de esta doctrina, la sabiduría, la verdadera filosofía será el hacerse el centro del universo, referirlo todo á sí, procurar al *yo* destructible toda suerte de placeres, y por toda suerte de medios, con la condicion, no obstante, de no exponerse demasiado á llevar su agregado á un calabozo, y al cadalso su encefalo con todas sus protuberancias intelectuales: este sería, efectivamente, el soberano mal y una *condena* verdadera para un materialista. Que el discípulo de la secta sea, pues, prudente; porque si llegase á emanciparse demasiado de las *ideas* recibidas por la sociedad; si, por ejemplo, se determinase á matar filosóficamente á su vecino para *gozar* de su bolsillo, aun cuando no estén todavía bien decididos los grados de la escala animal, nuestra jurisprudencia criminal podría tal vez confundirle con el mono en la aplicacion de nuestro código antiguo. Ya hemos visto el del materialista: la cárcel y la horca, hé aquí toda la sancion; el carcelero y el verdugo son sus únicos moralistas. ¡Y no se avergonzarán de abrazar estos principios, apoyarlos en contra del buen sentido, y propagarlos para la desgracia de la sociedad!

Aquí me quedaria que hacer una corta pregunta al materialis-

ta, y quisiera poder leer la respuesta en el fondo de su corazon: le preguntaria si confiaria voluntariamente, no digo su vida, ni su fortuna, sino una módica parte de esta á un cofrade de filosofía, que, hallando su conveniencia en perjudicarle, pudiese hacerlo impunemente. Le preguntaria tambien, siempre en la suposicion de un grande interés, unido á la certeza de la impunidad de parte de un médico su compañero en materialismo, si veria tranquilamente á la merced de este último la vida de un padre ó de un hijo querido, ó el honor de una hija ó de una esposa? Si en este caso la vista del peligro que corria todo aquello que tiene de mas interesante, ¿no vendria á trastornar algo su sueño? «En cuanto á mí, dice el Sr. de Maistre en sus *Veladas*, tomo I, «pág. 68, declaro preferir al médico impio un facineroso, contra quien á lo menos es permitido defenderse, y que por otra parte no deja de ser ahorcado alguna que otra vez.»

Por lo que hace al público, á él le toca juzgar de la garantía que le puede ofrecer en el ejercicio de sus importantes funciones un médico imbuido de estos principios inmorales y subversivos de la sociedad. Los que no reconocen entre él y el animal mas vil otra diferencia que el *vestido*¹, ó á lo peor el mayor ó menor volumen de la masa encefálica, ¿respetarán bastante al hombre para no comprometer nunca en la práctica su arte, la salud, la vida y el honor de sus semejantes?

Que los médicos mismos no se equivoquen; si quieren honrar su profesion, merecer la confianza pública, establecer su reputacion sobre una base sólida, y por decirlo en una palabra, hacerse verdaderamente útiles á la humanidad, que reunan á la ciencia y á la práctica asidua de su arte la creencia sincera y la profesion alta y pública de las verdades religiosas, morales y sociales².

¹ Los filósofos no se han avergonzado de sostener que entre el hombre y el animal no hay mas diferencia real que la de los vestidos. (*Tratado sobre los reinados de Claudio y de Neron*, tomo II, pág. 140, por Diderot).

² Lo que generalmente falta á los médicos, es la creencia religiosa, la fe, y sobre todo, por una consecuencia necesaria, la práctica de la Religion. Los que no creéis debeis saber que no seréis justificados con decir: Yo quisiera creer, pero no puedo. No queréis creer porque no queréis practicar. Deponed ante todo ese orgullo que os domina mas ó menos, que domina la gran masa de los mortales; amad la verdad con todo vuestro corazon, buscadla con todas

En fin, cualesquiera que seais, filósofos, sábios, físicos, médicos, grandes y pequeños, pueblos y reyes, todos, finalmente, desechad con indignacion el frio Materialismo y las teorías de la muerte y de la nada; horrorizaos de esta doctrina desoladora que enseña al hombre que todo concluye con la muerte, así para él, como para el bruto el mas vil, pues que esta filosofia animal deja sin fin á nuestras mas nobles facultades, deja á Dios sin providencia, á la Religion sin objeto, sin fuerza ni sancion á la moral y á las leyes, á la sociedad humana sin apoyo y sin garantía, sin freno al poder, sin temor ni remordimientos al malvado, y al desgraciado sin consuelo y sin esperanza.

vuestras fuerzas, con un gran deseo de encontrarla, y la encontraréis, y obtendréis infaliblemente los dones de la fe. Imitad á La Harpe: «He examinado, dice, y he creído: examinad, y creeréis como yo.» (Yo aconsejo que se comience este exámen por la lectura bien atenta de las conferencias del Sr. de Frayssinous). ¿Sobre qué descansa muchas veces la incredulidad y el escepticismo de nuestros médicos espíritus fuertes? Sobre un *puede ser*, un *yo no sé qué es*, un *yo no sé nada*, como podrá verse por este ejemplo tan fuerte de Barthez. «Este médico célebre estaba ya agonizando (murió en 1806): una persona muy recomendable que tenia con él relaciones fué á verle con la esperanza de hacerle aceptar los consuelos religiosos que su posicion debia hacerle tan necesarios; hallóte tal como se lo habia presumido, triste, sombrío é inquieto. A cada instante se le notaban una angustia y un trastorno que en vano pretendia disimular. Conmovidó al verle así, le habló su amigo de la Religion, sola capaz de tranquilizarle; pero la duda se habia apoderado demasiado de esta alma para que pudiese entrar en ella ninguna creencia. ¡Crear! dijo Barthez, solamente los tontos creen en algo.—¿Y la materia, los cuerpos? —Yo no sé lo que se entiende por eso.—¿Y la conciencia? —Esa es fruto de las preocupaciones: si en mi infancia me hubiesen inspirado otras, ella creeria bien lo que ahora cree mal, y no me ocasionaria ningun trastorno.—Pues qué ¿no hay nada de cierto? Por ejemplo, ¿no vale mas alimentar á su padre que asesinarle? — Señor, contesta el enfermo, hablándoos francamente yo no sé sobre qué principio se puede uno apoyar en filosofia para decidirlo.—En fin, ¿no tienen las matemáticas alguna certeza á vuestro sentir? —Yo veo en las matemáticas una porcion de consecuencias perfectamente enlazadas; pero no sé cuál es su base.—¿Estais cierto de no tener nada que temer? —No lo sé. Algunos dias despues Barthez no existia. No creer cuando se querria creer, cuando se sienten la necesidad y la ventaja de creer, es el castigo de no haber creído por una resistencia criminal de la voluntad, cuando la razon nos empuja hácia la verdad manifiesta. Rebusándose el entendimiento pervertido á toda conviccion, no queda ya por única doctrina sino el Escepticismo absoluto.» (*De la Indiferencia en materia de religion*, tomo I, p. 301).

CONSIDERACIONES

FILOSÓFICAS, MORALES Y RELIGIOSAS

SOBRE

DIVERSOS PUNTOS.

NOTICIA SOBRE EL ALMA DE LAS BESTIAS.

El imperio del hombre sobre los animales es legitimo, no hay revolucion que lo pueda destruir; porque es el imperio del espíritu sobre la materia. El hombre reina y domina por superioridad de naturaleza; piensa, y por consiguiente es dueño de los que no piensan.

(Buffon, *Hist. nat.* t. VII, edic. en 12.º).

Las bestias ¿son puros autómatas desposeidos de toda sensacion, simples máquinas montadas de antemano para todos los movimientos que han de ejecutar, ó bien tienen en sí mismas un principio que anima sus órganos, que experimenta sensaciones, y que forma voluntades? Este principio ¿es material ó inmaterial, inteligente ó solamente sensitivo, es decir, clasificado como intermediario entre la materia y la inteligencia?

Podria tal vez extrañarse la importancia que creemos deber dar al exámen de estas preguntas, si no se supiese que esta parte de la filosofia, ó si se quiere, de la fisiología comparada, que ha sido por tanto tiempo en las escuelas un objeto de curiosidad, propio para ejercitar el espíritu, no hubiese llegado á ser, ó no se hubiese convertido en una arma peligrosa puesta en manos de los sofistas modernos; lo que hace que sea un deber para el ver-